

SALADEROS DE LA FRONTERA	2
INTRODUCCIÓN	2
RUMBO A RIO GRANDE DO SUL	4
LOS SALADEROS DEL CUAREIM	4
LOS SALADEROS DE LIVRAMENTO	7
BALANCE DE UN CICLO	10
CONCLUSIONES	17
BIBLIOGRAFÍA	19

SALADEROS DE LA FRONTERA ¹

RAÚL JACOB *

INTRODUCCIÓN

Esta comunicación aspira a plantear el tema de la exportación de capitales uruguayos, proveniente de empresarios nacionales o de extranjeros residentes en el país.

No es ninguna originalidad afirmar que en ocasiones los empresarios radicados en Uruguay habían buscado canalizar sus inversiones y energías en el mercado regional.

A mediados de la década del treinta, hace ya setenta años, Julio Martínez Lamas se refirió a la expansión en el sur de Brasil de algunos saladeristas uruguayos (Martínez Lamas, s.f.: 80-82).

Y unos treinta años después, Guillermo Vázquez Franco, estudiando esos saladeros de la frontera, se animó a tentar una suerte de interpretación que aportaba algunos elementos útiles para su definición, en lo que se constituyó en uno de los primeros aportes a la aún hoy inexistente teoría de la empresa uruguaya (Vázquez Franco, 1967: 39-40). ²

Poco después José Pedro Barrán y Benjamín Nahum (1973: 325 y sig.; 1977: 147 y sig.) retomaron el punto al analizar los intentos para superar la crisis de la industria saladeril. También Aníbal Barrios Pintos se ocupó de ellos en su historia de los departamentos de Rivera (1985 - 1990) y Artigas (1989).

Lo que sí puede ser novedoso, en cambio, es intentar aprehender la diversidad de este proceso de inversión externa directa que continúa hasta nuestros días, y que en el pasado, al igual que en el presente, abarcó diversos sectores de actividad.

Mientras en el siglo XIX y comienzos del XX el país recibía inversiones del exterior, fundamentalmente de Gran Bretaña, empresarios radicados en Uruguay venían haciendo lo mismo en la región, diversificando los riesgos y las eventuales ganancias.

¹ La inversión uruguaya en la industria saladeril brasileña la he tratado con mayor amplitud en *Cruzando la frontera* (Montevideo, Ed. Arpoador, 2004), de donde proviene gran parte de la información de esta ponencia.

* Raúl Jacob PHES- Facultad de Ciencias Sociales- UDELAR (Montevideo, Uruguay) Dirección electrónica: e-mail: rjacob@chasque.apc.org

² En 1967 Guillermo Vázquez Franco advertía sobre este fenómeno y concluía que “no se trata de exportación de capitales sino de simples empresas que, por su primitivismo y debilidad, se nacionalizan, de hecho al establecerse. No es pues, un capitalismo en expansión como sucede con el norteamericano; el saladero uruguayo en el Brasil no desempeñó el papel colonizador que cumplió el ferrocarril o el frigorífico en el Uruguay, porque no “orientalizó” la industria riograndense, al contrario, los saladeros uruguayos se fueron “abrasilerando”.

El capital trotamundos uruguayo, en su variante empresarial, optó por caminar en el vecindario. En buena medida estaba radicado en emprendimientos en las provincias argentinas más cercanas a Uruguay, en Paraguay, Mato Grosso y Rio Grande do Sul.

Era el área de influencia de las antiguas Misiones Jesuíticas. Un ámbito geográfico en el que se había logrado estructurar un modelo económico llamado a tener gran incidencia en el mundo colonial, y que se reflejaría también aquí. En él los soldados de la Compañía de Jesús habían catequizado a los indios, y también los habían introducido en el mundo de las artes, de las letras, de los oficios manuales y del trabajo de la tierra. Hacia 1722 Buenos Aires y los jesuitas acordaron que los ganados del norte del Río Negro pasaran a pertenecer a las Misiones. El Rey ratificó este reparto (Campal, 1967: 44). A partir de la fundación de Montevideo (1724-1726) la Banda Oriental fue dividida en tres circunscripciones administrativas, que dependieron respectivamente de Buenos Aires, de Montevideo y de las Misiones. Después de la destrucción de las Misiones un importante contingente de hombres y ganados poblaría la Banda Oriental, a la que habían quedado incorporadas por el artiguismo y de la que serían segregadas al reconocerse la independencia de Uruguay. Una de las divisiones administrativas de la nueva República que comprendía todo el norte del río Negro, el departamento de Paysandú, había estado casi en su totalidad bajo la jurisdicción de las Misiones con asiento en Yapeyú. Sucesivas particiones en 1837 (Salto y Tacuarembó), 1880 (Río Negro), y 1884 (Artigas y Rivera) determinaron la creación de cinco nuevos departamentos norteros, todos a expensas de aquel primigenio que en la mayor parte de su amplia superficie había albergado en la época de los Jesuitas a la estancia de Yapeyú (Barrios Pintos, 1979: 15).

En el siglo XIX el espacio misionero tuvo un buen sistema de comunicación fluvial. Se estimaba que hacia 1887 ochocientos setenta y cinco buques hacían el cabotaje por los ríos paraguayos. Treinta y tres de esas embarcaciones eran uruguayas (Pastore, 1972: 252). Cincuenta años después la flota uruguaya había desaparecido (Martínez Lamas, s.f.: 81).³

La expansión de los saladeristas uruguayos en el exterior se hizo en Mato Grosso y en un territorio que en el pasado había estado vertebrado por las Misiones, y que había quedado como una reserva de ganado criollo o apenas mejorado. Las razas británicas llegaron desde el sur, por mar o por el río, y habían remontado el Uruguay en búsqueda de las mejores pasturas, las que iban ocupando en función de la distancia y de las comunicaciones. Era una mancha que se extendía sin prisa y sin pausa.

Los impuestos a la importación del tasajo, la discriminación en los fletes, las barreras arancelarias y no arancelarias del gobierno brasileño, han sido las causas esgrimidas para explicar la existencia de saladeros

³ “Los vapores uruguayos que subían hasta el Paraguay y el Estado de Matto Grosso intercambiando los productos naturales de esos territorios por mercancías de ultramar revendidas por el comercio de Montevideo, han sido vendidos en el exterior, amarrados o desarmados”.

uruguayos en territorio de Brasil y, en parte, también para justificar su decadencia hacia fines de la década de 1920.

Distinto es el caso de otros emprendimientos industriales y comerciales que dependían del mercado interno. En 1918, al finalizar la primera guerra mundial, Uruguay había perdido la batalla demográfica. Había pasado de medio millón de habitantes en la década de 1870 a poco más de un millón en 1908.

Por diversas causas sus vecinos habían logrado atraer millones de habitantes. El esfuerzo por crear un capitalismo moderno acompañado de justicia social, en el que se empeñó entre 1903 y 1915 el sector político liderado por el dos veces presidente José Batlle y Ordóñez, no logró concretarse del todo. Pero de haberlo hecho no hubiese podido tapar el cielo con un pañuelo. Quienes prometían un gran mercado de consumo y se proyectaban hacia el futuro eran Argentina y Brasil.

RUMBO A RIO GRANDE DO SUL

La etapa riograndense de los saladeros uruguayos tuvo una historia corta. Llegó un momento en el que, de acuerdo a Julio Martínez Lamas(s.f.: 80-82), nueve de los diez saladeros de la frontera eran uruguayos.

Mi intención es abordar exclusivamente los de la frontera norte, los situados sobre el río Quaraí (Cuareim) y en la zona contigua a la ciudad fronteriza de Santa Ana do Livramento. En términos generales su ciclo fue de aproximadamente treinta años, desde finales de la década de 1880 a la de 1920, con un pico de intensidad entre los años 1903 y 1910, en que se fundaron cuatro de los seis establecimientos existentes sobre el río Cuareim y en el área de Rivera. Esos saladeros fueron: el Barra do Quaraim (1887), cerca de la desembocadura del Quaraí en el río Uruguay; el Novo – Quarahy (1894) y el São Carlos (1910-11) en las inmediaciones del poblado de Quarahy, situado enfrente de la ciudad uruguaya de San Eugenio (hoy Artigas); el Livramento (1903) (que en 1917 adquiriría Armour de Estados Unidos), el São Paulo (1910), y el de la Sociedad Industrial y Pastoril (1907) (que se vendería en 1918 a Wilson de Estados Unidos), estos últimos localizados a poca distancia de Santa Ana do Livramento y de la ciudad uruguaya de Rivera.

LOS SALADEROS DEL CUAREIM

El río Cuareim limita la frontera de Uruguay con el Brasil por el N. y NE., pero no en todo su curso, sino solamente desde su confluencia con el arroyo Invernada, según fue determinado en el tratado de límites celebrado entre la República y el Brasil el 12 de octubre de 1851(Araújo, 1912: 146).

Varios saladeros se asentaron en sus orillas.

El Saladero Barrado, conocido también por el nombre de su ubicación, Barra do Quarahim, fue fundado en 1887 por Hipólito Lessa, más tarde pasó a propiedad de la Compañía Industrial del Cuareim. Luego cambiaría nuevamente de dueños.

En 1912 eran copropietarios del mismo Minelli, González y Cía. Se trataba de una firma mayorista e importadora de productos textiles, constituida en Montevideo en 1904, sobre la base de otra que había iniciado sus actividades en 1850 y cuya razón social original había sufrido sucesivas modificaciones. El capital de este registro - que era como se denominaba a las compañías que comerciaban con telas - era de cuarto millón de pesos (a la paridad legal algo más de 53.000 libras esterlinas) y contaba con una red de vendedores que viajaban por el interior del Uruguay.

Sus integrantes eran copropietarios, directores y representaban al saladero Barrado en la capital uruguaya.

En este emprendimiento eran socios de Minelli, González y Cía. los uruguayos Manuel Lessa, S. Frías de Río de Janeiro y la firma João Peró y Cía, de Uruguaiiana (Lloyd, 1912: 416-417; Barrios Pintos, 1989: tomo 2, 501-503).⁴

Manuel Lessa había sido comisionado en la década de 1890 por el Poder Ejecutivo para trasladarse a la ciudad de Londres con la finalidad de obtener un préstamo para crear el Banco de la República Oriental del Uruguay. La misión concluyó con éxito y Lessa integró como vocal el primer directorio de la institución estatal (1896). Al finalizar 1902 participó de la constitución del primer frigorífico nacional, La Frigorífica Uruguaya, que presidió a partir de ese momento. Se vinculó a otras industrias, como la embotelladora de agua mineral Salus (1907) y la Vidriería y Cristalería Nacional (1913) (Barrán-Nahum, 1977: 173-174; Jacob, 1991: 220-224).

La sociedad anónima Barra do Quarahim fue inscrita en el registro oficial en el año 1912 y tenía por finalidad la administración y explotación de saladeros. Se constituyó con un capital de trescientos mil pesos uruguayos (AE, 1915: 736). El capital total de la compañía fue estimado en casi el doble, unas 125.000 libras esterlinas, y comprendía campos, ganado de cría, las construcciones y el capital de giro. Atendía varios mercados, el del tasajo y grasa para Brasil, y el de cueros, ceniza, lenguas, astas, huesos y cola para Europa. La producción era enviada por el ferrocarril Noroeste a Salto, y de ahí era trasladada a Montevideo por vía fluvial.

El establecimiento contaba con talleres de tonelería, herrería, hojalatería, planta de generación de electricidad, zorras que se movilizaban sobre rieles y una flotilla para transportar la producción a través del río hasta la estación del ferrocarril.

⁴ Estas dos fuentes no coinciden totalmente. Barrios Pintos se basa en la crónica que el periodista Arturo P. Visca publicó el 9 de junio de 1908 en el diario *La Razón* de Montevideo, transcrita por la *Revista de la Biblioteca Nacional*(RBN), N° 18, Montevideo, 1978, pág. 119.

El Saladero Novo-Quarahy estaba situado sobre el río Cuareim, a pocos kilómetros de la ciudad brasileña de Quarahy, frente a la capital del departamento de Artigas. Había sido fundado en 1894 por Cluzet & Guerra.

Entre 1901 y 1908 perteneció a Jorge C. Dickinson y Emilio Calo, empresarios con actividad en Uruguay, girando bajo la razón social E. I. Calo y Cía.

Emilio Calo había sido gerente de un saladero en la ciudad uruguaya de Mercedes, y posteriormente administrador y socio industrial en otro, en la localidad de Paso de los Toros. De este último se retiró a fines de 1900 para explotar el Novo-Quarahy. Calo fue electo diputado por el departamento de Artigas e ingresó a la Cámara de Representantes en 1917, falleciendo en Montevideo dos años después (Barrios Pintos, 1989: tomo 1, 235).

Charles Dickinson había nacido en Liverpool hacia 1842, radicándose en Uruguay en 1859, cuando aún no había cumplido los 20 años de edad. Con sus hijos logró construir un pequeño imperio regional con centro en el puerto fluvial de Salto, sobre el río Uruguay, que posteriormente controló desde Buenos Aires donde pasó a residir. La firma C. Dickinson e Hijos adquirió los saladeros La Conserva (en el último cuarto del siglo XIX) y La Caballada (1909), ambos en Salto. Arrendó otro situado del lado argentino, casi enfrente, en Concordia. Con un socio fundó la Barraca Inglesa que exportó frutos del país. También llegó a tener establecimientos en Brasil, en Rio Grande do Sul y en la región de Mato Grosso. En Montevideo explotó el saladero Porvenir. Entre 1909 y 1922, en que dejó los saladeros La Conserva y La Caballada en Salto, y el Porvenir en Montevideo, se sucedieron tres razones sociales: Dickinson y Cía., Dickinson e Hijo, C. G. Dickinson y Cía (El Siglo, 1913: 52-57; Tadeu, 2001: 127; Seoane, 1928: 115 y 128).

En octubre de 1908 la familia Tabares de Montevideo adquirió la parte de Dickinson en el Novo-Quarahy, que comprendía la mitad del saladero y de las estancias. A partir de esa fecha la razón social pasó a ser Calo, Tabares y Cía. Entre 1919 y 1922, fallecido Calo, fue explotado por Tabares y Segada.

La firma R. Tabares y Cía., integrada por Rosauro Tabares y sus hijos Ramón y Rafael, fue fundada en Montevideo en 1897. Rosauro Tabares se inició en esa industria en la capital uruguaya, en el saladero Tejera que arrendó luego, en 1897. En 1906 adquirió en subasta pública el Santa Rosa, a orillas del arroyo Pantanoso (Lloyd, 1912: 402; LC, 1925: 156; Seoane, 1923: 27).⁵ Hasta 1916 siguió en Montevideo con los dos establecimientos: el Santa Rosa y el Tejera, hasta que este último fue vendido al Frigorífico Artigas, luego Armour.

⁵En 1924 los Sres. Tabares y Carámbula impulsaron la instalación de un saladero cerca de la ciudad de Artigas, del lado uruguayo. Comenzó a funcionar al año siguiente y sobrevivió un corto período, en el que utilizó el procedimiento para preparar tasajo patentado por la firma Tabares y Cía. de Montevideo (Aníbal Barrios Pintos, 1989: Tomo 2, 345).

Posteriormente, retirado Tavares, el saladero de la frontera fue explotado por Correa y Giudice, Juan Tamborindengui, y por último, hasta 1927, por Gaudencio Conceição (Barrios Pintos, 1989: tomo 2, 502).

El saladero Novo-Quarahy en 1901 había inaugurado su planta generadora de electricidad. Contaba con un sistema de transporte aéreo para cruzar el río (un aerocarril con vagonetas que eran impulsadas por un motor), y un ramal férreo desde la estación de San Eugenio hasta la orilla del río Cuareim. La producción salía por el FF.CC. del Norte rumbo al puerto de Montevideo.

El establecimiento explotaba una cabaña especializada en ganado Hereford. A fines del siglo XIX absorbía 15,5% del ganado faenado en el Estado (da Fontoura, 1990: 26-31; El Siglo, 1913: 88; RBN, 1978: 136-137). En 1907 declaró un total de quinientos trabajadores y una potencia de 200 HP. Por el valor de su producción ocupó el octavo lugar entre las cien mayores industrias de Brasil, y el primer puesto entre las de Rio Grande do Sul (Fonseca, 1985: 287).

Entre 1910 y 1911 se había fundado otro, el São Carlos, en el que también participaron empresarios uruguayos (Reverbel, Mendivil y Cía.) (Martínez Lamas, s.f.: 80-82). De acuerdo con otras fuentes, el saladero fue fundado por un uruguayo de nombre Mendive. Se trataría de Carlos Mendive, barraquero y saladerista, con intereses en ambas ciudades del Cuareim, San Eugenio y Quarahy, a las que dotó de servicios telefónicos en 1905 y 1906. Posteriormente fue propiedad de Osorio Rocha y Cía. De 1916 a 1918, en que interrumpió sus actividades, fue explotado por el comerciante y político brasileño Gaudencio Conceição. En la revuelta riograndense de 1923 fue incendiado por tropas insurgentes (Barrios Pintos, 1989: tomo 1, 235; tomo 2, 470 y 502).

Este saladero exportaba tasajo y sebo por el puerto de Montevideo. En la capital del país era representado en sus operaciones comerciales y financieras por la barraca Manuel Allende y Cía (Lloyd, 1912: 423-424).

LOS SALADEROS DE LIVRAMENTO

En la década de 1910, Rivera, la capital del departamento del mismo nombre, había adquirido gran desarrollo desde su unión a Montevideo por ferrocarril(1892). Estaba edificada frente a la ciudad brasileña de Santa Ana do Livramento, en un llano dominado por el cerro del Marco, llamado así por el marco o mojón que indica el límite con el Brasil. En el espacio de pocos años duplicó su población por el movimiento comercial que estimuló el ferrocarril Central, ligado a los ferrocarriles brasileños que se dirigían a las principales ciudades de la provincia de Río Grande y a Río de Janeiro (1913). La producción de los saladeros que había en Santa Ana, era cargada en Rivera para seguir después a Montevideo.

En 1913 los productos que fueron embarcados en Rivera por el ferrocarril Central y que provenían de los saladeros de Santa Ana, importaron quince millones de pesos oro. Este era el llamado comercio de tránsito. Uruguay no cobraba derechos por la exportación, pero quedaba mucho dinero que se pagaba por los servicios (fletes de carros, ferrocarril, puerto, comisiones, etc.) (Cincinato Bollo, 1914: 101-102). El ferrocarril además transportaba otros productos, como cueros, lanas y maderas.

El Saladero Livramento (Anaya e Irigoyen) fue fundado en 1903 por Pedro Irigoyen y Francisco Anaya.

La firma original había sido creada en Montevideo en la segunda mitad del siglo XIX por Enrique Anaya y Juan Pedro Irigoyen, padres de los empresarios citados. En 1898 había sido la de mayor faena en la capital de la República, contabilizando el 14% de las reses sacrificadas por los saladeros en el área metropolitana (Lloyd, 1912: 402; Seoane, 1923: 21; Barrios Pintos, 1990: tomo 2, 176-178).

Ambos socios eran además hacendados y explotaban sus propios establecimientos agropecuarios. Anaya era propietario de la cabaña Progreso en el departamento de Florida (1.600 cuadras) en las que criaba ganado de raza. Irigoyen poseía una extensión de 5.000 cuadras en las cercanías de la planta industrial (Lloyd, 1912: 402). La gestión de la empresa se dividió. La dirección del saladero la ejerció Irigoyen, el escritorio de ventas en Montevideo estuvo a cargo de Anaya.

Pedro, en realidad Juan Pedro Irigoyen Pérez, había nacido en Montevideo en 1870 en el hogar formado por Juan Pedro Irigoyen y Josefa Pérez. En 1894 contrajo enlace con Paulina Laxague con quien tuvo nueve descendientes (DR, 1996: N° 9).⁶

Pedro Irigoyen fue de filiación política blanca y esa pudo ser una de las causas de su posterior radicación en Rio Grande do Sul. Por lo pronto así fue según la versión familiar (do Prado, 2000: 67-69). El saladero habría sido utilizado como depósito de armas y municiones en la guerra civil de 1904. Además habría contratado como compradores de ganado al antiguo jefe político de Rivera, Abelardo Márquez, y a Bernardino Pereira, hermano del caudillo riograndense João Francisco.

Irigoyen falleció en junio de 1940. Hasta sus últimos días siguió siendo un “hombre de frontera”, con intereses en ambos países. Esa dualidad fue patente durante el acto de su sepelio en el cementerio de Livramento: entre los oradores se contaron el Presidente de la Departamental Nacionalista (Herrerista) de Rivera y un obrero del saladero San Pablo. Había sido candidato en 1938 a la intendencia municipal de Rivera por el Partido Nacional (La Opinión, 1940: 1). La definición más ajustada para estos empresarios de la frontera apareció en un reportaje de un diario local: eran “ciudadanos de dos Patrias”.⁷

⁶ Esta versión del *Diccionario Riverense*, corregida por María Mercedes Irigoyen, me fue proporcionada por Carlos Fitzgerald Irigoyen.

⁷ Reportaje al Dr. Gildasio Andrade de Oliveira, en ocasión de fundamentar la erección del monumento a Pedro Irigoyen en la línea fronteriza que separa a Livramento de Rivera, en *A Plateia* del 19 de julio de 1958 (recorte s.p.).

El establecimiento estaba situado a unos cinco kilómetros de la ciudad de Santa Ana do Livramento, casi sobre la línea fronteriza. Ocupaba un área de más de quinientas hectáreas sobre el arroyo Carolina. La población del saladero se aproximaba a las 900 personas distribuidas en unas 150 viviendas (Bleil, 2001). En una encuesta censal de 1907 consignó un plantel de 410 operarios y maquinaria con una potencia de 110 HP (Fonseca, 1985: 287). En esa ocasión ocupó por el valor de su producción el segundo lugar entre las industrias de Rio Grande do Sul, el décimosexto en una lista que incluyó a las cien mayores de Brasil.

Era una industria moderna que además de tasajo elaboraba conservas, jabón y velas. Dotada de luz eléctrica contaba con una forestación de eucaliptus para abastecer sus necesidades de madera y leña. Una carretera macadamizada la comunicaba con Livramento.

Fue adquirido por la firma norteamericana Armour que en 1917 comenzó sus actividades como frigorífico. Irigoyen integró la S.A. Cía. Armour do Brasil hasta 1919, sirviendo por sus conexiones de “relacionista público”, de nexos con las autoridades y con los proveedores de ganado.

Fue, de acuerdo a da Fontoura Marques, de los primeros en utilizar sal de Brasil en una de las fases de la elaboración del tasajo: los tanques de salmuera. Imbuido de un espíritu paternalista, cultor de un asistencialismo empresarial de inspiración cristiana, se preocupó de mejorar las condiciones de vida de sus asalariados. Levantó una escuela en la que se enseñaba el español y se impartía el catecismo de acuerdo a los principios de la religión católica. También se encargó de otras necesidades básicas, como la calidad de la vivienda, la cobertura sanitaria, el esparcimiento mediante exhibiciones cinematográficas gratuitas (DR, 1996: N° 9).

El saladero de la Sociedad Anónima Industrial y Pastoril fue fundado en 1907 cerca de Livramento. Luis J. Supervielle, principal del Banco Francés Supervielle de Montevideo, presidía la empresa. En 1918 se vendió a la compañía estadounidense Wilson para ser transformado en frigorífico. La Compañía Wilson Internacional ese año había establecido su sede regional en Uruguay con un capital de cinco millones de pesos. Más del noventa por ciento estaba constituido por acciones de Wilson de Argentina (1913) y Wilson do Brazil (Winkler, 1971: 155).

El saladero São Paulo, situado en Rincón de Coqueiro, fue fundado en 1910 por la Compañía Progreso Uruguay-Brasil, constituida por capitalistas brasileños y uruguayos, entre los que se encontraban Manuel Lessa y Pablo Minelli. La Compañía Progreso Uruguay-Brasil fue inscrita como sociedad anónima en 1911, con un capital de trescientos mil pesos uruguayos (casi sesenta y cuatro mil libras esterlinas) (AE, 1915: 736). El saladero fue arrendado en 1917 por Pedro Irigoyen, después de haber vendido el suyo al Armour (Barrios Pintos, 1990: tomo 2, 176-178). Posteriormente Irigoyen lo adquirió en sociedad con los santanenses Lycurgo Guerra y Policarpo Duarte. Al retirarse Lycurgo Guerra, la firma pasó a girar bajo la razón social Irigoyen & Duarte. Con la crisis de 1930 los ganaderos riograndenses buscaron contrarrestar el poder de los

frigoríficos extranjeros creando cooperativas para elaborar tasajo mientras se decidía la creación de un frigorífico nacional. El São Paulo, impulsado por Irigoyen, se transformó con el tiempo en la Cooperativa Santanense de Carnes e Derivados (DR, 1996: N° 9).

Todos estos establecimientos exportaban por el puerto de Montevideo (Lloyd, 1912: 402 y 417), tradición que continuaron los frigoríficos que sucedieron a dos de los saladeros de Livramento (Seoane, 1928: 429; do Prado, 2000: 99-100).⁸ El de Cuareim se servía de las líneas del FF.CC. Noroeste, el de Quaraí de las del FF.CC. del Norte y los de Livramento utilizaban las del FF.CC. Central (Moraes, 1990: 44). Los saladeros fundados en el exterior solían servirse no sólo de la infraestructura de transportes uruguayo, sino también de su sistema bancario. Julio Martínez Lamas (s.f.: 80-82) constataba a mediados de la década de 1930: “Han desaparecido casi en su totalidad, reemplazados por el capital brasileño y los frigoríficos norteamericanos”.

BALANCE DE UN CICLO

El auge de la industria saladeril uruguayo en Rio Grande do Sul coincidió con un período de inestabilidad política, de intentos e insurrecciones armadas, y también con la adopción de trabas arancelarias por parte de Brasil, con el aumento o creación de impuestos.⁹

Esta emigración de capitales fue por lo tanto un proceso complejo. ¿Directa o indirectamente gravitaron razones políticas en esa decisión? De la media docena de saladeros que cito, la mitad fueron fundados después de 1904, en que concluyó la última guerra civil que involucró al medio rural uruguayo. De los tres restantes, sólo uno fue establecido en un período de beligerancia latente. Sin embargo, siempre cabe la eventualidad de que pesó el temor de que la paz fuese inestable, como lo demostró la frustrada intentona revolucionaria de 1910. Las insurrecciones alteraban la tranquilidad del medio rural, interferían en el desarrollo de la ganadería, e incidían negativamente en el mercado laboral. El ganado y las caballadas necesarios para alimentar la guerra eran requisados. Por dónde pasaban los ejércitos los hombres eran reclutados. Si se quiere seguir hilando la trama de lo político se puede pensar que la existencia de saladeros en los países vecinos permitía neutralizar al Uruguay “alzado” y cumplir con la

⁸ Por concesión otorgada por ley (16 de julio de 1918) el frigorífico *Armour* de Livramento arrendó por diez años, con opción a otros diez, un depósito refrigerado en el puerto de Montevideo. También exportaron su producción por Montevideo los frigoríficos *Wilson* de Livramento y *Swift* de Rosario.

Montevideo continuó siendo el puerto exportador de los frigoríficos de la frontera después de la segunda posguerra.

⁹ En la novela *Sucedió así*, su autor, el Dr. Agustín Minelli (1894-1966), “reunió sus vivencias sobre la guerra civil de 1904”. Su testimonio interesa pues su padre integró la razón social “Minelli, González y Cía.”, que participó en la expansión de los saladeros uruguayos en el exterior. En la narración Minelli reconoce que los saladeros emigraron por los impuestos implantados por Brasil, admite que los saladeristas adquirían ganado de contrabando (entendiendo por tal un *modus vivendi* fronterizo) y describe el traslado en busca de protección de animales y vehículos de una estancia de Rivera a otra de Rio Grande do Sul (Minelli, 1996: 13 y 14).

demanda de los mercados. Interrumpir los abastecimientos era una amenaza siempre latente. De producirse equivalía a obsequiar un porcentaje del comercio exterior uruguayo a los saladeristas de Argentina y Brasil. Era conceder ventajas a la competencia. Pero estas son conjeturas. De hechos entre sus propietarios se encontraron miembros del Partido Nacional como Pedro Irigoyen y Francisco Anaya; y del Partido Colorado como Pablo Minelli y Luis J. Supervielle. En 1904 los saladeristas lograron que sus “peonadas” fueran eximidas de la leva y contaron con una sobreoferta de ganado proveniente de aquellos hacendados que preferían liquidar a bajo precio sus rodeos a que cayesen en manos de los beligerantes (Barrán-Nahum, 1972: 109-115).

Con distintos matices, marcados por la distancia, estaban en el área de influencia de tres fronteras. Esto fue importante a la hora de aprovisionarse de ganado pues, por lógica, las diferencias cambiarias constituyeron una de las variables del costo de producción. En particular si se piensa que por lo menos hasta 1914 los uruguayos pudieron ofrecer libremente un medio de pago internacional, las apetecidas libras esterlinas de oro. Aunque la práctica sobrevivió a las caídas y recaídas de los signos monetarios de la región.¹⁰

Había tal conciencia del tráfico de ganados, que en el manual de enseñanza de *Geografía* firmada por Pedro Martín, se había incluido un texto en la parte dedicada al departamento de Artigas en el que describía los tres métodos utilizados por los ganados argentinos para cruzar el río Uruguay rumbo a los saladeros del Uruguay o del Brasil. Era una suerte de cartilla para troperos (Martín, s.f.: 93-94, 105-106).¹¹

Parte de la rentabilidad la proporcionaba la posibilidad de sortear los obstáculos de la Aduana, el contrabando. El concepto de legalidad era frágil y difuso en la frontera, donde se vivía bajo un mismo cielo pero sometido a la legislación de dos o de tres países. Lo prohibido no necesariamente era vivido como una colisión con lo ético. Bastaba con galopar unas leguas para pasar de lo aceptable a lo reprobable, sin mediar más explicación de que se estaba cobijado por otra bandera. El paisaje, con sus amaneceres y atardeceres, seguía siendo el mismo.

Si Brasil comenzaba o terminaba en “tal cerro”, o en “aquel arroyo”, fue discutible por lo menos hasta que comenzó a finalizar la primera década del siglo XX, en que las cancillerías de los dos países emprendieron gestiones para concluir la definición de sus límites. De 1852 a 1862 se colocaron menos de

¹⁰ A mediados de 1931, mientras se derrumbaba el orden monetario internacional, la rama colegiada del Poder Ejecutivo, el Consejo Nacional de Administración, resolvía solicitar a la Presidencia de la República el concurso del Ejército para impedir el contrabando de ganado de Brasil. Además decidió aceptar el ofrecimiento del Presidente de enviar una dotación de la Armada para evitar el contrabando de ganado de Argentina por el río Uruguay, a la altura de Paysandú. En esta ocasión correspondió a Uruguay ser el anfitrión regional. (AGN- CNA, libro N° 5255, 1931: tomo 2, página 349).

¹¹ Pedro Martín al encarar el departamento de Rivera, después de afirmar que “*desgraciadamente los dos tercios de las haciendas están en manos de brasileños*” reconoció que buena parte de las novilladas se enviaban a los saladeros de Río Grande.

setenta marcos a lo largo de toda la frontera, desde la barra del Cuareim a la del Chui. Es a partir de la década de 1920 que las comisiones demarcatorias intercalaron más de mil mojones para distinguir el lugar en que se separaban ambos territorios.¹²

Se ha afirmado que los saladeros de la frontera contaron con mano de obra más barata y más fácil de disciplinar (Pesavento, 1983: 84). De ser así habrían tenido la oportunidad de aumentar la competitividad estableciendo sus plantas en un país donde el jornal de los trabajadores era más bajo y la posibilidad de conflictos era menor.

Desarrollar las actividades en territorio brasileño les permitía franquear las barreras arancelarias de ese país: eran productores nacionales. Exportar la producción por el puerto de Montevideo –de acuerdo a la prensa riograndense- proporcionaba a los saladeros uruguayos la posibilidad de agregar sus productos. El diario *Correio do Povo* de Porto Alegre denunciaba en 1922 que el tasajo uruguayo se introducía de contrabando en Brasil (Pesavento, 1983: 77-93).¹³

Esta última operación no era sencilla. Se necesitaba documentación apócrifa y un buen dominio de las matemáticas para el estudio de los costos y de los beneficios.

Tomar a estos seis saladeros en conjunto constituye un buen ejercicio para tratar de percibir las peculiaridades del entramado empresarial. Esta media docena de industrias fueron fundadas antes del triunfo del frigorífico como sistema de industrialización de las carnes; dos de ellos previo a la constitución del primer frigorífico uruguayo.

En su mayor parte eran establecimientos modernos, vinculados por algunos de sus subproductos a los mercados capitalistas más avanzados. Conocían las ventajas del uso del vapor y comenzaban a tomar conciencia de la potencialidad que ofrecía la electricidad. Uno de los signos de esa “modernidad” era precisamente el contar con energía eléctrica propia (da Fontoura, 1990: 56).¹⁴

Además de tasajo producían grasa refinada, velas de glicerina, jabones, lenguas en conserva, y por lo menos uno de ellos, extracto de carne. En 1907 el Novo-Quarahy, de acuerdo al valor de su producción, ocupó el octavo lugar entre las cien industrias más importantes de Brasil; el de Anaya e Irigoyen el décimosexto. Estaban en los dos primeros puestos entre las veintiséis industrias seleccionadas de Rio Grande del Sur (Fonseca, 1985: 287).

El protagonismo de los inversores uruguayos se percibió rápidamente en las estadísticas.

¹² Más información sobre el particular se puede encontrar en www.info.Incc.br

¹³ “*Es de dominio público que muchos charqueadores de la frontera pagaban un impuesto de matanza doble o triple de la matanza que realizaban, para poder obtener las guías necesarias y que al pasar la frontera el charque, le era adjuntado el de ganado uruguayo en número suficiente para completar las guías*” (Pesavento, 1983: 77-93).

Aunque debe hacerse la salvedad que si ellas se basaban en las guías de matanza de los saladeros, esa fuente era denunciada por dejar un espacio para incluir el envío de tasajo uruguayo. ¿Qué percibieron los contemporáneos? Que en el período 1906-1910, gracias a la participación de los capitales uruguayos, los saladeros de Rio Grande do Sul lograron revertir la tendencia histórica de los años precedentes: sobrepasaron en casi un diez por ciento el número de animales faenados por los establecidos en la República O. de Uruguay. Entre los años 1911 y 1915 la diferencia había aumentado considerablemente: la matanza de ganado casi llegó a triplicar a la de Uruguay. En el cuatrienio 1916-1919 decayó la actividad de los saladeros en toda la región. Aún así, los de Rio Grande mantuvieron holgadamente la delantera en las estadísticas con respecto a los de Argentina y Uruguay (Acevedo, 1936: 48-49).

Lo primero que llama la atención es la inestabilidad del grupo. El saladero de la barra del Cuareim cambió de razón social en por lo menos dos oportunidades, el Novo-Quarahy en seis o más, el São Paulo de Livramento en tres, el São Carlos del Cuareim en dos. Los ciclos de explotación por una misma firma fueron desiguales. El mínimo, el más corto, entre tres y siete años. Los saladeros de Anaya e Irigoyen y de Supervielle y asociados fueron vendidos a frigoríficos norteamericanos catorce y once años después de haber sido fundados. El São Carlos, había pasado a manos brasileñas por esa fecha. Es decir, que poco después de finalizar la primera guerra mundial, de los seis saladeros la mitad ya no existían como tales ni como inversiones uruguayas.

Otro punto digno de interés es que un tercio de esos saladeros en algún momento fueron explotados por empresas mixtas, por compañías de capitales uruguayos asociados con capitales brasileños.

Hubo cierta tendencia a la concentración. Algunos nombres se repiten. Don Pedro Irigoyen, después de vender el saladero Livramento que explotaba con Anaya, se asoció para arrendar primero y después adquirir el São Paulo. Manuel Lessa y Pablo Minelli estuvieron juntos en el São Paulo y el Barra do Quarahim.

El triunfo y extranjerización de la industria frigorífica uruguayo no parecen haber incidido demasiado en la fuga de capitales y su radicación en saladeros de Brasil. Tanto la familia Tavares como Irigoyen vendieron establecimientos de su propiedad a frigoríficos norteamericanos y siguieron vinculados a la industria saladeril. Manuel Lessa, por su parte, había participado en Montevideo de la fundación del primer frigorífico de capital nacional. Los casos de los comerciantes Minelli, González y del banquero Supervielle fueron atípicos, pues eran inversionistas provenientes de otras actividades. Para la familia Dickinson, en cambio, lo importante parece haber sido la diversificación en la región, pues explotaban saladeros en Montevideo y Salto, en Concordia en Argentina, y en Rio Grande do Sul y Mato Grosso en

¹⁴ Generalmente los saladeros aprovechaban para la faena la parte más fresca del día, razón por la que solían comenzar a trabajar a partir de la medianoche. La iluminación eléctrica fue importante para el trabajo nocturno pues la proporcionada por las velas era insuficiente y la de las lámparas a queroseno terminaban por contaminar la carne.

Brasil. En el de Itaquí (1910), en Rio Grande do Sul, fabricaban extracto de carne, un producto similar al que producía la Liebig. Los Dickinson apoyaron la fundación en 1917 en Pelotas (RGS) de un frigorífico nacional, que por la escasez de capital de giro fue absorbido en 1921 por la empresa británica Vestey (Frigorífico Anglo)(da Fontoura, 1990: 36; Suzigan, 1986: 340-343).

¿Por qué entraron en crisis en la década de 1920? Así como no existe una única explicación para el proceso de expansión, tampoco hay una única causa que justifique su caída.

El comienzo en 1914 de la primera gran guerra había obligado a prohibir la exportación de oro. La necesidad de alimentos disparó el precio del ganado. Los fletes se fueron por las nubes y arrastraron el precio del carbón. Se incrementó la demanda de carnes conservadas y también los costos de producción. La industria saladeril no escapó, no podía escapar, a las consecuencias de la crisis económica que se comenzó a gestar poco antes de concluir en 1918 el conflicto.

La matanza excesiva y el aumento del precio del ganado terminaron por postrar a la industria de la carne a fines de la década de 1910 y comienzos de la de 1920 (Suzigan, 1986: 340-343). El tasajo, que en 1911 aportó el 32,3% del valor de las ventas (exportaciones) del estado de Rio Grande do Sul, en 1921 descendió al 19,3% (Fonseca, 1985: 284).

La esclavitud había sido abolida en Brasil y una parte de la antigua mano de obra fue sustituida por inmigrantes europeos. Una explicación plausible puede ser el cambio en los hábitos alimenticios. Lo que sucedió fue que el incremento del número de cabezas de ganado fue acompañado por el aumento del consumo de carne fresca. Sin embargo, el proceso fue muy lento y parcial. En realidad la población nortea nunca abandonó totalmente el consumo de tasajo, uno de los ingredientes de uno de sus platos más populares, la *feijoada*.

De todas formas, sin subestimar la incidencia de todos estos factores circunstanciales, en el largo plazo era una industria llamada a decaer en relación directa con la difusión y auge del consumo mundial de carne enfriada y congelada. Finalmente habían surgido nuevos mercados, pero no para el tasajo. Resulta esclarecedor en ese sentido el informe presentado en 1909 por Álvaro Batista, Secretario de Hacienda de Río Grande do Sul, quien alertó al Presidente de su Estado sobre la transitoriedad de la industria del tasajo, que sólo había logrado transponer con éxito los límites del Cono Sur para llegar a Cuba (Fonseca, 1985: 268).

Otra de las causas que se citan con frecuencia para explicar la decadencia es la política riograndense para imponer el puerto de Rio Grande - su puerto de ultramar - y la construcción de tramos ferroviarios destinados a servirlo. Los saladeros habían sido fundados en función de los bancos de la capital uruguaya especializados en las operaciones con el exterior y de la red férrea británica que unía la frontera con el puerto de Montevideo. No obstante, contrarrestar la atracción que ejercía el sistema de comunicaciones

anglo-uruguayo no fue una tarea sencilla, ni los frutos se irían a cosechar de inmediato. Este se defendió y siguió manteniendo su competitividad. Hacia 1928 las quejas del gobierno riograndense no sólo no habían cedido sino que se habían intensificado. Los dos frigoríficos que se instalaron en Livramento seguían (y seguirían) utilizando las instalaciones portuarias de Montevideo y los rieles que conducían a ellas.

En la declinación de los saladeros incidieron los frigoríficos que se establecieron en esa parte del estado de Rio Grande do Sul. Ellos estimularon el mejoramiento del rebaño mientras hacían conservas con los animales de calidad inferior. Al igual que en el Río de la Plata impusieron nuevas reglas, tanto en la producción como en la comercialización del ganado. Competieron con los saladeros en el mercado de haciendas y en el de los subproductos de la industrialización de la carne, para concluir, finalmente, elaborando también tasajo. De esta forma fueron acorralando a la industria tradicional.

Cuando comenzó la década de 1920 se encontraron en medio de una tormenta provocada por la demanda originada como consecuencia de la guerra. La crisis terminó por reestructurar el sector en beneficio de un reducido grupo de frigoríficos extranjeros siguiendo un patrón que, salvo leves variantes, fue idéntico en todo el Cono Sur.

Los saladeristas, aún aquellos que les habían vendido sus establecimientos, se encontraron inermes, sin los capitales y los conocimientos del mercado necesarios para emprender el camino inverso: instalar cámaras frigoríficas y la maquinaria para fabricar cualquier tipo de conservas y poder así llegar a otros consumidores.

A esta competencia se le agregó el creciente peso de otras zonas productoras, como Mato Grosso, que en 1905 “exportó” al resto de Brasil más de cien mil quilos de charque, y un cuarto de siglo después, en 1930, más de cuatro millones de quilos (Tadeu, 2001: 188).

Asimismo influyeron los cambios en la política arancelaria. De 1902 a 1906, el gravamen al tasajo uruguayo fue aumentado progresivamente, se mantuvo constante de 1906 a 1916, siendo disminuido entonces. Pero paralelamente comenzó a aplicarse una tasa a las haciendas de corte entradas de Uruguay por la frontera, encareciendo el precio de las reses (Pesavento, 1983: 77-93). Estas variaciones tendían a favorecer la oferta de materia prima a los saladeros radicados en Uruguay. Estos, ni lentos ni perezosos, comenzaron a avizorar la recuperación de la rentabilidad perdida.

Pero la comercialización de ganado en pie era muy difícil de controlar a lo largo de cientos y cientos de kilómetros desguarnecidos o apenas custodiados. Esa zona les brindó la posibilidad de adquirir ganado a los troperos de uno de los tres países, de acuerdo a las variaciones coyunturales en la relación de sus

monedas.¹⁵ En el congreso anual de una de las grandes gremiales de los ganaderos uruguayos, la Federación Rural, realizado en Rivera en abril de 1929, el Dr. Joaquín Secco Illa confirmó esto.¹⁶

La política proteccionista desplegada por Brasil se ampliaba con la utilización de barreras extrarancelarias, como los fletes diferenciales. El tasajo uruguayo soportaba un recargo de hasta un 25% en el traslado por mar hasta Pernambuco.¹⁷

La ley de “desnacionalización del charque” aprobada por el gobierno de Brasil en noviembre de 1928 intentó imponer los medios de transporte nacionales desplazando a los ferrocarriles y puertos uruguayos, buscó anular el comercio de tránsito para evitar el contrabando de tasajo desde Uruguay, aspiró a combatir la libre comercialización de ganado. Dicha norma consideró al tasajo excluido de todas las disposiciones relativas al tránsito y de las excepciones previstas en las tarifas aduaneras. Consideró “importadas” todas las mercaderías transportadas por vía fluvial si la navegación se interrumpía en puertos extranjeros.

Las leyes no siempre son efectivas, pero muestran la filosofía en que se inspiran. Sobre el particular huelgan los comentarios.

Cinco años después, un tratado comercial entre los dos países intentó limar las aristas más urticantes de las disposiciones de 1928 otorgando una serie de concesiones a Uruguay. Pero, a pesar del corto tiempo transcurrido, la realidad había cambiado. El mundo sufría las consecuencias de una nueva depresión. Se estaban produciendo grandes transformaciones en la economía internacional.

Cuando la crisis de 1929 se hizo sentir en esta parte del continente, la inversión uruguaya en saladeros era ya casi parte del pasado. En realidad no había podido sortear sin graves heridas las consecuencias de la emergencia vivida durante la posguerra en los primeros años de esa década. Por razones económicas, o por causas biológicas, eclipsaron algunos de los protagonistas, como Dickinson, Lessa y Minelli, González y Cía. Otros, como Supervielle, simplemente se retrajeron y continuaron con otras actividades. Pedro Irigoyen, en cambio, que se había radicado en la región, siguió vinculado al sector.

En la década de 1930 el acceso de Getúlio Vargas al gobierno y el triunfo de Rio Grande do Sul sobre el resto del país dificultaron y trabaron toda posibilidad de volver al pasado. Los saladeros en manos

¹⁵ Por más que el gerente del saladero de la Barra, José Arjimbau, declaró una situación de estricta legalidad en la adquisición de ganado (“*Nosotros – desde que el proteccionismo imperante impuso tasa prohibitiva a los ganados – sólo faenamos tropas riograndenses, lo que en años malos, como el presente, origina mermas en la matanza*”), la realidad de la “frontera”, casi desguarnecida en algunos tramos, era otra (RBN, 1978: 119).

¹⁶ “*Pasemos ahora al ganado en pie. No tenemos datos exactos para juzgar la importancia de ese movimiento por la frontera. Las estadísticas oficiales, así las nuestras, como las del Brasil, solo presentan una página en blanco. Todo eso se desarrolla en la sombra, sin dejar rastro. (...) Pero la corriente existe. Solo que su volumen queda en el dominio del cálculo*”. (Secco Illa, Joaquín, “Intercambio ganadero con el Brasil” en *Revista de la Federación Rural*, N° 123, 1929: 217 - 224).

¹⁷ Según Pedro Seoane, los vapores del Lloyd Brasileiro cobraban \$ 21,00 por tonelada al charque procedente de los saladeros de Río Grande del Sur que era cargado en tránsito por el puerto de Montevideo con destino a Pernambuco, y por igual viaje y cantidad, \$ 27,00 al tasajo uruguayo (Seoane, 1928: 221).

uruguayas habían sido una experiencia coyuntural. Brasil abrazaba con fuerza la bandera del nacionalismo económico. Para los saladeros uruguayos de la frontera el fin no fue el principio de algo nuevo. Simplemente fue el fin.

CONCLUSIONES

El balance precedente resume gran parte de las conclusiones. No obstante, como final, me permitiré señalar tres puntos que, en última instancia, constituyen tres líneas de acción que invitan a revisar algunas premisas.

I- El tema de la internacionalización de empresas industriales durante la vigencia del modelo agroexportador (1880 - 1929) y sustitutivo de importaciones (1930 - 1978) ha sido señalado para Argentina por Bernardo Kosacoff (1999). Este autor descubre, con sorpresa, el carácter pionero de esta expansión, para concluir que “algunas empresas argentinas resultaron ser las primeras firmas del mundo no originarias de los países desarrollados que avanzaron en la internacionalización a través de la radicación de plantas industriales en el exterior” (Kosacoff, 1999: 72- 73). Es necesario advertir que ese proceso de internacionalización fue más frecuente de lo que se cree tan pronto se mira en dirección a otras actividades, como la financiera y la mercantil. El caso del Banco Mauá a mediados del siglo XIX es una muestra de ello. También los ejemplos del Supervielle y Comercial de Montevideo, que en 1887 y 1889 respectivamente establecieron sus agencias en Buenos Aires.

Las barreras arancelarias se presentan como una de las causas que explican la radicación de capitales en el exterior.

Los saladeros del Cuareim y de Livramento constituyen un buen paradigma que incita a profundizar en otro tipo de empresa, la fronteriza. Su existencia –que abarca diversas actividades además de la citada– sugiere una dimensión variable, la canalización de capitales metropolitanos y del vecindario, una estrecha dependencia a las políticas impositivas y cambiarias de los Estados circundantes.

II- En Uruguay no existe una historia específica de la industria de la carne que aborde la etapa del nacimiento, auge y decadencia del subsector saladeril, a pesar de que fue un proceso casi

sesquicentenario.¹⁸ Tampoco hay un análisis del saladerista como empresario.¹⁹ Si se tienen percepciones congeladas en el tiempo es bueno comenzar por romper el hielo.

El saladero habitualmente ha sido considerado una industria arcaica o tradicional que adoptó poca tecnología (calderas a vapor) y que dependió de la baratura del vacuno criollo, del ganado sin mestizar. En parte esa visión se fundamenta en que sirvió para abastecer las necesidades alimenticias de la población esclava, y en consecuencia vinculó el comercio exterior del país a mercados marginales considerados atrasados. Esta concepción resulta esquemática si se aplica en el largo plazo. Los establecimientos de la frontera muestran lo opuesto. Una industria o un complejo industrial moderno, capaz de integrar actividades y de adaptarse y aprovechar las posibilidades que proporcionaba el progreso, ya sea faenando ganados mejorados o utilizando la electricidad. También permite apreciar que los subproductos de la faena saladeril, como cueros, astas, conservas, etc., fueron demandados por los países europeos y Estados Unidos, por las economías más industrializadas de la época. La abolición de la esclavitud en Brasil y Cuba y la instalación de frigoríficos en el Cono Sur fueron dos grandes desafíos que al amenazar la supervivencia de la industria saladeril también la impactaron.

III- El papel desempeñado por Montevideo como puerto de embarque de la producción de los saladeros y frigoríficos de la frontera ya ha sido señalado anteriormente (entre otros: Jacob, 1988; Moraes, 1990; Bleil, 2001).

Su análisis puede contribuir a alcanzar más y mejores estadísticas. ¿Qué sucedió con los cargamentos de los saladeros del Cuareim y de Livramento? ¿Qué sucedió con los productos de los frigoríficos?

La pregunta que corresponde formular es si ese tránsito ha sido tenido en cuenta en los cálculos del comercio exterior del período, particularmente a partir de fines de la década de 1910, en que se construyó un depósito frigorífico en el recinto portuario para uso de los establecimientos riograndenses (Hangar 10).

Por ejemplo, si se toma el año 1931 se constata: que de acuerdo al Anuario Estadístico (AE, 1931-1933: 500^a) Uruguay exportó 39: 601. 520 kilogramos de carne bovina enfriada; según fuentes sanitarias (DSAG, Tomo 19, 56-69, 311-312) la exportación uruguaya de cuartos vacunos enfriados fue de 35:5 y la del Armour de Santa Ana do Livramento de 4:932.067 (total: c. 40: 4). En 1932 –siempre de acuerdo al Anuario Estadístico- se exportaron 26: 583.183 kilogramos de carne vacuna enfriada; 24:786.915 de cuartos bovinos enfriados, más 4:098.877 kilogramos provenientes del Armour de Livramento de acuerdo a los datos de la Dirección de la Policía Sanitaria de los Animales (total: c. 28:9). Las cantidades

¹⁸ Contamos con una serie de aportes muy valiosos, pero fragmentados, que en su gran mayoría se integran a trabajos más generales (estructura económica colonial, historias de la ganadería, etc).

¹⁹ La participación de saladeristas en empresas para la provisión de servicios eléctricos y telefónicos a las ciudades de Paysandú y Salto son ejemplos por lo menos sugerentes.

aportadas para Uruguay por la repartición sanitaria correspondían a las exportaciones de los frigoríficos Anglo, Swift, Armour y Nacional, entre los meses de enero a noviembre inclusive. El hecho de que falten los embarques del mes de diciembre impide apreciar la veracidad de la información de los Anuarios, si en las cifras globales estos incluyeron o no la producción en tránsito.

Pero se sugieren otras conclusiones. Durante esos dos años, de crisis, un único frigorífico riograndense exportó por Montevideo un volumen de carne enfriada superior al diez por ciento de las exportaciones uruguayas del mismo rubro. Y esos embarques se continuaron realizando (en realidad se hicieron antes y después de 1930, durante un período de casi cuarenta años).

La decadencia del comercio de tránsito fue la crisis de un sector de los comerciantes de Montevideo, pero no de la mercadería en tránsito. Un tráfico nada desdeñable que benefició al Estado que construyó y administró las nuevas instalaciones portuarias; y también a las casas exportadoras; a los bancos establecidos en el país; a los ferrocarriles y a otros medios de transporte.

BIBLIOGRAFÍA

ACEVEDO, Eduardo, *Anales históricos del Uruguay*, tomo VI, Montevideo, Ed. Barreiro y Ramos, 1936

AE- *Anuario Estadístico de la República Oriental del Uruguay*, años 1911 y 1912, Montevideo, Tipografía Francisco Arduino, 1915; años 1931-1933.

ARAÚJO, *Diccionario Geográfico del Uruguay*, Montevideo, 1912

AGN-CNA, Archivo General de la Nación, Actas del Consejo Nacional de Administración

BARRAN, José Pedro y NAHUM, Benjamín, *Historia rural del Uruguay moderno*, tomo III, IV, VI, Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, 1972, 1973, 1977

BARRIOS PINTOS, Aníbal, *Paysandú en escorzo histórico*, Montevideo, Intendencia Municipal de Paysandú, 1979

_____ *Rivera – Una historia diferente*, Tomo 1, Montevideo, Intendencia Municipal de Rivera, 1985 y Tomo 2, Montevideo, Ministerio de Educación y Cultura, 1990

_____ *Artigas – De los aborígenes cazadores al tiempo presente*, Montevideo, Ministerio de Educación y Cultura, 1989 (2 tomos)

BLEIL DE SOUZA, Susana, “Charqueadas e frigoríficos na fronteira: O trânsito pelo porto de Montevideú no início do século XX”, ponencia presentada en el IV Congreso de Historia Económica y 5ª. Conferencia Internacional de Historia de Empresas, organizado por la Asociación de Historia Económica de Brasil (San Pablo, 2001)

- CAMPAL, Esteban, *Hombres, tierras y ganados*, Montevideo, Editorial Arca, 1967
- CINCINATO BOLLO, Luis, *Geografía de la República Oriental del Uruguay*, Undécima Edición, Montevideo, A. Barreiro y Ramos Editor, 1914
- DA FONTOURA MARQUES, Alvarino, *Evolução das charqueadas rio-grandenses*, Porto Alegre, Martins Livreiro Editor, 1990
- DO PRADO LIMA ALBORNOZ, Vera, *Armour - Una aposta no Pampa*, Santana do Livramento, 2000
- EL SIGLO- Suplemento 1863 - Cincuentenario El Siglo – 1913
- DR- *Diccionario Riverense* (Nº 9, diciembre de 1996)
- DSAG- Diario de Sesiones de la Honorable Asamblea General, Tomo 19, Montevideo, Imprenta Nacional, 1933.
- FONSECA, Pedro C. D., “A Transição Capitalista no Rio Grande do Sul: A Economia Gaúcha na Primeira República” en revista *Estudos Econômicos*, San Pablo, Instituto de Pesquisas Econômicas- Universidade de São Paulo, Volume 15 - Número 2, 1985
- JACOB, Raúl, *Modelo batllista: ¿variación sobre un viejo tema?*, Montevideo, Ed. Proyección, 1988
- _____ *1915 - 1945 Las otras dinastías*, Montevideo, Editorial Proyección, 1991
- _____ *Cruzando la frontera*. Montevideo Ed. Arpoador, 2004
- KOSACOFF, Bernardo, “El caso argentino” en Chudnovsky, Daniel; Kosacoff, Bernardo y López, Andrés (con la colaboración de Celso Garrido), *Las multinacionales latinoamericanas: sus estrategias en un mundo globalizado*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1999
- LC- *El Libro del Centenario del Uruguay*, Montevideo, Agencia Capurro, 1925
- LLOYD, Reginald, *Impresiones de la República Oriental del Uruguay en el siglo XX*, Londres, Lloyds Greater Britain Publishing Co. Ltd. , 1912
- MARTIN, Pedro, *Geografía*, Montevideo, Tip. Americana de Vita Hno. & Cía. , s.f.
- MARTINEZ LAMAS, Julio, *¿A dónde vamos?*, Montevideo, s.f.
- MINELLI, Agustín, *Sucedió así*, 2ª. Ed., Montevideo, Editorial Arpoador, 1996
- MORAES, María Inés, *Bella Unión: De la estancia tradicional a la agricultura moderna (1853-1965)*, Montevideo, Centro de Investigaciones Económicas – Ediciones de la Banda Oriental, 1990
- PASTORE, Carlos, *La lucha por la tierra en Paraguay*, Montevideo, Editorial Antequera, 1972

PESAVENTO, Sandra Jatahy, “Relaciones comerciales brasileño-uruguayas desde los comienzos hasta la década de 1930” en revista *América Meridional*, N° 2, Buenos Aires, 1983

RBN- Visca, Arturo P, crónica que publicó el 9 de junio de 1908 en el diario *La Razón* de Montevideo, transcrita por la *Revista de la Biblioteca Nacional*, N° 18, Montevideo, 1978

SECCO ILLA, Joaquín, “Intercambio ganadero con el Brasil” en *Revista de la Federación Rural*, N° 123, abril de 1929

Semanario *La Opinión* de Rivera, año 1940

SEOANE, PEDRO, *La industria de la carne en Uruguay*, Montevideo, 1928

_____, *El tasajo en la alimentación*, Montevideo, 1923

SUZIGAN, Wilson, *Indústria brasileira – Origem e desenvolvimento*, São Paulo, Editora Brasiliense, 1986

TADEU DE MIRANDA BORGES, Fernando, *Do Extrativismo à Pecuária: Algumas observações sobre a História econômica de Mato Grosso. 1870 a 1930*, São Paulo, Scortecci Editora, 2001

VÁZQUEZ FRANCO, GUILLERMO, (“El Uruguay entre la Convención de Paz y los convenios de Ottawa”, en *Cuadernos de Marcha*, N° 4, agosto de 1967

WINKLER, Max, *Investments of United States capital in Latin America*, 2ª. Ed., Washington, Kennikat Press, 1971